

San Luis Gonzaga que, durante su vida tan corta en el tiempo y tan llena para la eternidad, tanto sobresalió en la pureza y la mortificación, en la humildad y la oración, ¿qué poder no tendrá en el cielo para alcanzar esas mismas virtudes á los congregantes que imploran su auxilio con la dulce confianza con que se invoca el socorro de un hermano? El, que tan cariñoso y tan amable era aquí, ¿cómo podrá desoir ahora que ya reina con los justos, los angustiosos gritos de sus hermanos que todavía luchan con el embravecido oleaje de la vida?

El patrocinio de San Luis Gonzaga es favor muy especial del cielo; pero como Dios no sólo es bueno, sino que es la Bondad Infinita, les hizo á las Congregaciones el presente de los presentes, el don de los dones, la gracia de las gracias; las dió, además, la protección maternal de la Santísima Virgen. En diez y nueve siglos que lleva de redimido el mundo, ya muchos santos desde en vida se han asomado al cielo, y muchos espíritus celestiales y bienaventurados han bajado á la tierra. Este doble testimonio de los que han ido y de los que han venido, corrobora lo que tantos doctores y padres de la Iglesia creyeron y tantas generaciones han adivinado, que es parte del plan Divino, no dispensar gracias á la tierra sino por conducto de María Santísima. Su poder es casi la omnipotencia, puesto que le es dado meter sus ambas purísimas manos en los inmensos tesoros del Cielo para derramarlos sobre el mundo sin medida.

Y no es menor su bondad que su poder. El alma de María Santísima es una obra del Poder Divino. Tomó Dios una alma bellísima, y la colmó de dones y de gracias. La Virgen Santísima correspondió á todas las gracias recibidas, y como la correspondencia á la gracia atrae nuevas gracias, se fueron multiplicando en Ella hasta quedar toda llena de gracia, según las palabras de la salutación angélica. Al mirarse así favorecida, al contemplarse la Madre Virgen del Eterno

Verbo, por conocimiento y gratitud amó á Dios con toda la energía de su alma, y por ese amor que á Dios tiene es por lo que á nosotros nos ama con indecible ternura. Es tan incomprensiblemente grande el amor que la Virgen Santísima nos tiene, que si necesario fuere, lo mismo que sufrió en la tierra y mucho más, volvería á sufrirlo por uno solo, por el último y más ingrato de los hombres. Si esto haría por el más abominable de los pecadores, ¿qué no hará por sus hijos predilectos á quienes por especial encargo de Dios tiene que amparar y proteger? ¡Ah! si no hubiera Virgen María ¡cuántos, cuantos hubieran muerto de desesperación ó de terror! ¡Ah! si los condenados pudieran amarla, ¡se acabaría el infierno!

Concluyamos. Las Congregaciones son muy buenas en sí mismas, y son muchos y muy grandes los beneficios que dispensan á los jóvenes que las forman. Con tiempo los ponen á trabajar en su gran negocio, en su único negocio, porque en verdad que el salvarse es lo solo necesario. Los preservan del terrible contagio de las malas amistades, los malos ejemplos y del de esos miasmas salidos del infierno que andan como flotando en la atmósfera del mundo. Imponen silencio en torno de ellos para que puedan escuchar las voces interiores reveladoras de su propia vocación, que es la rueda maestra de la vida y el timon que dirige la travesía. Inculcan en ellos las virtudes que tanto necesitan desde hoy y que más necesitarán mañana, para atravesar sin caer los profundos abismos que encontrarán en su camino. Les proporcionan la dirección visible de hombres sabios y virtuosos, y el patrocinio invisible de insignes y poderosos santos. Les aseguran, sobre todo, la protección de la Santísima Virgen, que es la escala más firme para subir al Cielo y el mas seguro cable para alcanzar las playas de la eternidad feliz.

Conociendo que las Congregaciones son tan buenas y tan benéficas, hay que

amarlas. Obedecer y cumplir sus prescripciones y perseverar en ellas, eso es amarlas. Pero la verdad y el bien por su propia naturaleza son difusivos y el corazón humano no es tan egoísta que no quiera aumentar su propio bien compartiéndolo con los otros hombres. Además de amarlas, hay, pues, que propagarlas.

Hacerlo todo así, será el mejor modo de celebrar el tercer centenario de la dichosa muerte de San Luis Gonzaga, de complacer á la Santísima Virgen, tan digna de ser complacida, de regocijar al amoroso Corazón de Jesucristo Nuestro Salvador y de procurar la mayor gloria de Dios, cuyo Nombre Augusto jamás podía escucharlo Carpio, nuestro poeta, sin emoción, y que yo no me atrevería á pronunciar en voz alta si no me alentara la dulce esperanza de que el abismo infinito de las Misericordias del Señor, me salvará del profundo piélago de mis iniquidades! Mucho ama Dios á vosotros los buenos, pero también á los malos nos tiene compasión. *Como el alma de la Virgen pura "llenóse de gozo nuestro espíritu al contemplar la bondad de Dios nuestro Salvador!"*

(Concluye.)

EL ESPIRITISMO

POR

D. Felix Sardá y Salvany.

(Continúa.)

O son farsa ó son realidad las manifestaciones y revelaciones espiritistas.

Si son farsa ya no hay para que entretenerse en refutarlas; serán juegos de manos como cualquier otro.

Si son realidad, como creo yo, ó son realidad que proviene de Dios, ó no.

No provienen de Dios, claro está; de Dios no pueden provenir las absurdas doctrinas que hemos citado; de Dios no puede provenir una doctrina que le hace origen

del mal; que destruye la libertad humana, la responsabilidad, y de consiguiente la moralidad de las acciones humanas; que mina por su base el orden social fundado en la ley y en la justicia. No puede ser de Dios lo que conduce directamente al fatalismo y la negación de la otra vida, bajo el pretexto de explicarlas. No puede ser de Dios lo ridículo, y lo absurdo, y lo inmoral, y lo antisocial. Es así que la doctrina en que se fundan las operaciones espiritistas es todo esto; luego no proceden de Dios las operaciones espiritistas. Desafío á todos los adeptos á que me desaten ese nudo.

Luego las operaciones espiritistas no son obras de Dios. Luego son obra de algún otro sér que tiene poder bastante para producir las. Es así que, según el Cristianismo, no hay otro que tenga ese poder que el espíritu maligno; luego las operaciones espiritistas en lo que tienen de realidad son obra neta del espíritu maligno ó demonio. El raciocinio no puede ser más concluyente.

Compendiémolo. Las operaciones espiritistas pertenecen á un orden sobre natural, por confesión de sus sectarios y de los sábios que las han examinado.

Solo dos pueden ser los autores de operaciones sobrenaturales: Dios con su poder absoluto, y el demonio con su poder limitado, pero siempre muy grande.

Las razones arriba aducidas, demuestran que las operaciones espiritistas no pueden ser obra de Dios.

Consecuencia infalible: luego son obra del diablo.

El diablo y sus obras.

No serán pocos los despreocupados que suelten la carcajada al oírme pronunciar tan limpia y tan redonda esta palabra. Los incrédulos decididos me llamarán fanático, cierta clase de católicos á su modo se contentarán con tildarme de crédulo en demasía. No me dirigirá á los primeros; ridículo sería que me empeñase en que creyesen en el diablo los que rehusan creer en Jesucristo. Voy derechamente

á los segundos, que los tengo por enemigos más peligrosos.

La existencia del diablo, ó sea de un espíritu superior que seguido de otros se rebeló contra Dios y fué condenado por ello al fuego eterno, donde se le permite continuar ejerciendo contra Dios y contra nosotros su rebeldía, es un dogma de fé calólica. La doctrina católica enseña, además de la existencia del diablo, su intervención constante en nuestros asuntos para inducirnos al error y al pecado en odio contra Dios y contra nuestras almas. Y de tal suerte enseña la Iglesia esta intervención real, efectiva y cotidiana del demonio en nuestros asuntos, que tiene prevenidos en un ritual una porción de exorcismos para conjurarlo en casos determinados. Hasta en muchos casos puramente naturales, admite la Iglesia, como posible la intervención diabólica, como son tempestades, enfermedades, etc., etc. Esta creencia en el diablo y en su poder, permitido y limitado por Dios, esta creencia en su intervención práctica y ordinaria en muchos de los lances de nuestra vida, pertenece á la doctrina católica, y solo una ilustración pedantesca ó un total desconocimiento de las ciencias teológicas, ó lo que es más frecuente cierto principio de incredulidad, pueden inducir á muchos católicos á considerarlo como superstición de mujeres.

Sucede con esto una cosa muy lamentable. Cierta clase de católicos [que no sé por qué se llaman tales] han dado en la flor de considerar al demonio como un personaje gracioso de comedia, dispuesto siempre á enredar entre bastidores, y á hacer desternillar de risa al público con sus chistes y bufonadas. Sé que esta tradición dramática data de los albores de nuestro teatro nacional y se halla en todos nuestros autos sacramentales, pero no por esto la encuentro más justificada. No, por Dios: el espíritu maligno es cosa muy seria para que sirva de muñeco de diversión á los niños grandes, que necesitan divertirse con bufonadas; el desven-

turado que lanzó el primer grito de apostasia contra Dios, y que desde entonces capitanea la guerra eterna que se hace desde acá abajo contra él y su representante la Iglesia, no debe ser el polichinela de nuestros dramas.

Resultado de esto es que el diablo y todo cuanto se refiere á sus operaciones no sean para dichos católicos á su modo más que una mitología de más ó menos buen gusto, un resorte épico ó dramático con qué introducir lo maravilloso en un poema; no un hecho real, viviente en medio de nosotros, y sobre todo, de una influencia eficaz y positiva, ni más ni menos que la del sol, de las estrellas, y de las demás criaturas que pueblan el universo. Hay en muchas almas católicas un gran fondo de incredulidad. La maldita manía de aparentar luces y despreocupación, el nécio desdén por las doctrinas antiguas, por el mero hecho de no ser nuevas, el afán de distinguirse de lo que se llama ranciedades del escolasticismo, han dado margen á todo esto.

La creencia en el diablo y en sus operaciones aun en el orden natural, pertenece, pues, á la doctrina católica, y no puede negarse sin apartarse de ella. Pero si damos un paso más, veremos que pertenece también á la verdad histórica, en esto como en todo acorde con las enseñanzas de la teología.

(Continuará.)

NUEVO PRELADO.

El 15 del corriente, fué consagrado en Zacatecas, obispo de Tulancingo, el Illmo. Sr. Lic. D. José M. Armas. Es de notar-se, que el nuevo príncipe de la Iglesia, su consagrante, los dos mitrados asistentes, dos de los padrinos eclesiásticos y uno de los seglares; hicieron sus estudios en el Seminario de Guadalajara: no recordamos si algunos otros de los Señores que intervinieron en la augusta ceremonia están en igual caso.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECCLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.-D. JUAN MANUEL, R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, SEPTIEMBRE 8 DE 1891.

NUM. 65.

SECCION I.

"FE Y RAZON SIN FE."

Tomamos de *El Tiempo*:

"Maquinaciones de la impiedad, estais vencidas!

Ciencia incrédula—semi-ciencia—orgullo del nieto del mono, Reforma, falso progreso, no contábais con un enemigo que os vence.

No es la polémica, porque sois astutos para burlar la lógica; no es la verdad escrita, porque en su contra teneis la mala fé; no es la razón misma á quien siempre estais fingiendo adoración, porque no la seguís sino cuando se extravía.

Lo que hoy os vence, en pleno siglo XIX, es el milagro.

En público reís al oír esta palabra, pero vuestro corazón palpita como acostumbra hacerlo el ímpetu del miedo.

El Padre Damien os puso pensativos.

Ya es mucho que penseis y no libremente.

¿Pero qué decís de los milagros de Lourdes?

Negarlos no es posible.

Queréis explicarlos y callais.

Vuestro silencio es nuestra victoria.

Callad; seguid callando; nada pierde el cielo.

Si no habláramos, las piedras hablarían.

¿Reís? Pues las piedras de Masabielle han hablado.

Los médicos libre-pensadores cuando callan, afirman.

Las comisiones delegadas, con su silencio predicán.

Ciencia atea, filosofía herencia de Voltaire, vulgaridades de Renan, negaciones nebulosas de Víctor Hugo, ¿qué os derrotó? Lo que llamais nada, el milagro.

Los enfermos que en un momento han recobrado la salud no dicen como Arouet, vuestro maestro: "si veo un milagro no lo creeré" sino que bendicen á Dios y á Nuestra Señora de Lourdes.

La fé se abría paso. Las sombras de San Pedro, San Bernardo y San Vicente Ferrer cometían el anacronismo de presentarse en el siglo XIX.

¡Milagros que derogan las leyes encontradas por las ciencias!

Pues sí señor, las derogaban.

Y la ciencia se quedaba como quien ve visiones.

Esto es, las ciencias de las leyes absolutas. No la ciencia que reconoce al soberano absoluto.

Porque hay una ciencia que no conoce sino leyes, y otra que además conoce al legislador.

La primera es soberbia. Y no crean ustedes que porque sepa mucho.